

TEATRO ESCOLAR
ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE INSTRUCCION PUBLICA
HATO REY, PUERTO RICO

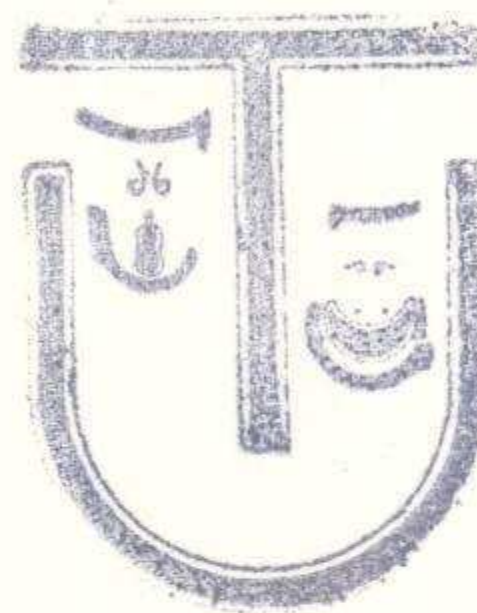
EL DEBER DEL MEDICO

de Luigi Pirandello
revisión de
José Rafael Gilot
para Teatro Escolar

PERSONAJES:

Tomás Corsi
Ana, su esposa
Señora Reis, madre de Ana
Doctor Tito Lecci
Abogado Franco Cimetta
Rosa, mucama
Agente de Policía
Enfermero, que no habla

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARIC
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS



En una ciudad meridional de Italia.

Tiempo presente.

Seminario de Drama

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

JMS mdsus 1079516 C.1 17/NOV/08

ACTO UNICO

Una habitación de paso en casa de los Corsi, con armarios, un lavabo, una otomana, una gran poltrona antigua, una percha de la que cuelgan algunas prendas, sillas, etc. Una ventana provista de cortinas, a la izquierda (del espectador). Dos salidas: una al fondo, da al dormitorio; la otra a la derecha: ambas con cortinas.

Al levantarse el telón están en escena la señora Reis y el agente de policía: éste, sentado junto a la salida de la derecha, de guardia, en actitud cansada y aburrída; aquélla, de pie junto a la otomana, con aire sombrío, ceñuda e impaciente: viste de negro, con toca de viuda sobre los cabellos crespos; los ojos, bajo las cejas fruncidas, relampaguean de odio y desconfianza en el rostro pálido, áspero y marcado por la angustia y el dolor. Está ahí, evidentemente, esperando, y dos o tres veces mira al policía como si quisiera preguntarle algo, pero se contiene.

SEÑORA REIS: (RESOLVIENDOSE POR FIN, CON DUREZA): ¿Permanecerá de guardia aquí por mucho tiempo todavía?

POLICIA: No, señora. Quizá terminemos hoy.

SEÑORA REIS: ¿Ah, hoy? ¡Por fin!... ¿Se lo llevarán?

POLICIA: No lo sé de seguro. Me parece haber oído decir eso. (POR EL FONDO ENTRA ROSA; CIERRA CUIDADOSAMENTE LA PUERTA).

ROSA (a la señora Reis): Ya viene. (INDICA LA PUERTA POR LA QUE HA ENTRADO Y SALE POR LA PUERTA DE LA DERECHA)
(PAUSA DE ESPERA, MAS BIEN LARGA. POR FIN, LA PUERTA DEL FONDO SE ABRE Y APARECE ANA, QUIEN CON LA MISMA CAUTELA CIERRA TRAS DE SI. TIENE ALREDEDOR DE TREINTA AÑOS ANIQUILADA POR LA DESESPERACION DE UNA CONGOJA ATROZ, DESPEINADA, CON LOS OJOS ABRASADOS POR EL

LLANTO Y LA VIGILIA. CORRE HACIA LA MADRE:
SE ABANDONA EN SUS BRAZOS, AHOGANDO LOS SO-
LLOZOS).

ANA:

¡Mamá, madre mía! ¡madre mía! (SE DOMINA,
DESPRENDIENDOSE DE LA MADRE Y SE VUELVE HACIA
EL POLICIA). ¿No podría, por favor, retirarse
un momento? ¿Quedarse detrás de la puerta?

POLICIA:

Verdaderamente, la orden que yo tengo es de
aumentar, no de disminuir la vigilancia.

ANA:

¡Pero si ni siquiera puede moverse solo en la cama!

POLICIA: (PERPLEJO): Comprendo, pero... (RESOLVIENDOSE). Por un mo-
mentito, señora...

ANA:

Gracias. Llévase la silla para allá. (EL POLICIA
SE INCLINA Y SE RETIRA DETRAS DE LA PUERTA DE
LA DERECHA, CON LA SILLA. ANA SE VUELVE HACIA
SU MADRE Y OTRA VEZ LA ABRAZA). ¡Ay, mamá!

¡Te agradezco tanto que hayas regresado! No, no
te reprocharé el haberme dejado sola.

SEÑORA REIS:

No quisiste seguirme; preferiste quedarte aquí
y asistir a semejante espectáculo, ¡para llegar
al estado en que te encuentras!

ANA:

Pero ¿qué dices? ¿Cómo habría podido dejarlo,
mamá? Te agradezco que te hayas llevado a los
niños. ¿Cómo están Didí y Federico?

SEÑORA REIS:

Están bien.

ANA:

¿Didí, también?

SEÑORA REIS: Los dos. Pero, según parece, tú también podrías venir pronto conmigo. Me han dicho que se lo llevarán hoy.

ANA (ASOMBRADA Y CONSTERNADA): ¿Hoy? ¿Quién te lo dijo?

SEÑORA REIS: El policía de guardia.

ANA: ¿Hoy? ¡Pero no es posible! ¿Eso te dijo?

(CORRE A LA PUERTA DE LA DERECHA Y LLAMA AL POLICIA): Agente, ¡venga! (EN SEGUIDA, AL POLICIA QUE ENTRA, MOLESTO:) ¿Pero cómo, hoy? ¿Se lo llevan hoy?

POLICIA: No lo sé de seguro, señora... Me parece haber oído eso.

ANA: ¡Pero si todavía está en cama! La herida no ha cicatrizado aún. El médico no lo permitirá. Sigue bajo la responsabilidad del médico. Anoche, justamente, dijo que hoy, por primera vez, verá si puede disponer que se levante unos minutos.

SEÑORA REIS: ¡Si logra levantarse...!

ANA: ¡Qué va a lograr! ¡Si no es capaz de tenerse en pie! Ni siquiera de sentarse en la cama, sin que lo sostengan. (REGRESA JUNTO A LA PUERTA DE LA DERECHA Y LLAMA:) ¡Rosa! ¡Rosa! (A LA MADRE Y AL POLICIA:)... ¡Sería una infamia! (EN SEGUIDA A ROSA QUE SE PRESENTA POR LA PUERTA DE LA DERECHA:) Manda ya mismo

a Enrique a casa del doctor, para que venga aquí, en seguida, sin perder tiempo.

ROSA: Sí, señora. (SALE)

ANA: ¡Justamente ahora, cuando apenas comienza a recuperarse! ¡Después de haber hecho tanto por salvarlo!

POLICIA: Yo cumplo órdenes, señora. Por un momento puedo retirarme.

ANA: Sí, sí, quédese tranquilo: es incapaz de moverse. (EL POLICIA VUELVE A RETIRARSE. ANA ABRE LOS BRAZOS Y ALZANDO EL ROSTRO, DESESPERADAMENTE:) ¡También, esto! ¡Después de tanto dolor, este nuevo dolor!

SEÑORA REIS: ¡No ha querido morir! ¡Asesino!

ANA: ¡Ah, mamá, tú lo odias! ¡No lo perdonas!

SEÑORA REIS: (CON ODIO CONTENIDO): ¡Lo odio, sí, lo odio por todo lo que te ha hecho padecer, por la ignominia que ha echado sobre tí, sobre sus hijos, sobre toda mi casa! ¡Y que aún no ha concluido! ¡Debiera morirse!

ANA: Es cierto, también hubiera sido mejor para él, morir en el acto. Pero créeme, mamá, él quiere morir.

SEÑORA REIS: Lo que yo veo es que a Neri, sí, supo matarlo; pero él todavía está vivo.

ANA: Se disparó al corazón.

SEÑORA REIS: ¡Debió pegarse el tiro en la cabeza!

ANA: ¡Y tres, cuatro veces, se arrancó las vendas del pecho! Los médicos se empeñaron en salvarlo, a la fuerza. ¿Qué no hicieron día y noche, acá, junto a él? Pero créeme, créeme que también él hizo de todo para morir.

SEÑORA REIS: ¡Ya lo creo! ¡Sabe lo que le espera!

ANA: No, mamá. Para castigarse. Tú no ves más que el hecho.

SEÑORA REIS: ¿Ya no es más un asesino, acaso, porque quiso morir? ¿No mató a Neri? ¿No te traicionaba con la mujer de Neri?

ANA: Sí, sí.

SEÑORA REIS: ¡Dices que yo sólo veo los hechos!

ANA: Pero hay igualmente muchas cosas que no sabes y que yo sé.

SEÑORA REIS: ¡Ya estás hablando como él! ¡Dios, si me parece oírlo! Los hechos que no son hechos; sacos vacíos que no se sostienen... Así, así te engañó siempre, te encegueció...

ANA: Pero no, mamá...

SEÑORA REIS: Sí, sí, te encegueció, te encegueció!

ANA: El suyo era un impulso de vivir, sin reflexionar.

SEÑORA REIS: ¡Sin escrúpulos!

ANA: Sí, como quieras. Tantas veces me detuve para juzgar algunas de sus acciones, pero no había forma, como que él no le daba importancia a sus actos. Era inútil hacerle reconsiderar lo malo que hacía. Se alzaba de hombros, sonreía y seguía. Tenía que seguir adelante, como quiera que fuese, sin detenerse a reflexionar sobre lo bueno y lo malo.

SEÑORA REIS: ¡Qué bien lo dices!

ANA: Pero en esa vehemencia continua, sabes, no había adquirido ningún vicio: seguía siendo puro; siempre contento; cordial. ^{/con todos.} Un muchacho a los treinta y ocho años, capaz de jugar en serio con Didi y con Federico, hasta el punto de pelearse; y luego de diez años, todavía conmigo..., todavía... No, no... Quizás algún desliz pasajero, algún engaño... Pero no me mentía, no: la mentira, no. No podía mentir con esos labios, con esos ojos, con esa sonrisa que alegraba la casa todos los días. ¿Angélica Neri? ¿Pero, en serio, quieres que me rebaje a creer que Tomás, entre esa mujer y yo...? Mira, para él no era ni siquiera un capricho; nada; fue sólo prueba de debilidad ante una tentación en la que posiblemente ningún hombre sabe o puede librarse

de caer. Y no podía tener escrúpulos por su amistad con el marido, pues éste sabía bien qué clase de mujer era la suya y el caso que hacía de su honor. Pero si acá, te digo que acá, en nuestra casa, ante los ojos del marido, ante mis propios ojos, trataba de seducir a Tomás con melindres de... "mona enferma": acá, acá. ¿Me di cuenta yo, y él no? ¡Si nos habremos reído juntos, Tomás y yo! ¡Sí, sí: nos reíamos de eso, nos reíamos! (ESTALLA EN UNA CONVULSION INCONTROLABLE DE RISA Y LLANTO AL MISMO TIEMPO).

SEÑORA REIS: ¡Hija mía, hija mía! ¡Vamos a enloquecer!

ANA: ¡Me enloqueces tú! Los hechos..., los hechos... Los hechos son éstos: que él conocía; sabía no sólo lo de Tomás, sino lo de todos los otros y nunca se preocupó. Al final, quiso desencadenar esta tragedia, cuando lo que debió hacer era matar sólo a su mujer, y nada le habría sucedido. Los hechos... ¡Ahora hasta dicen que Tomás llevaba el revólver por si se encontraba con Neri! Cuando lo ha llevado siempre por su trabajo de contratista, en el campo. (ENTRAN EN ESE MOMENTO EL DOCTOR TITO LECCI Y EL ABOGADO FRANCO CIMETTA: EL PRIMERO ALTO, RIGIDO, CON GRUESOS LENTES DE MIOPE: EL SEGUNDO, MAS VIEJO, CON UNA AGUDA BARBITA CASI BLANCA Y CABELLOS LARGOS TODAVIA NEGROS, PEINADOS HACIA ATRAS.)

ANA: ¡Ah, aquí está el médico! ¿Usted también, señor abogado?

LECCI: Esta llamada de improviso... ¿Qué hay de nuevo?

ANA (PRESENTANDO A SU MADRE A CIMETTA): Mi madre. (LUEGO SE VUELVE

HACIA LECCI:) ¡Ay, doctor, me voy a volver loca!

¡Se lo quieren llevar hoy!

LECCI: ¡Pero no!... ¿Quién lo dijo?

ANA: El policía, ahí. Pregúntele. Así dijo.

LECCI: ¡Lo impediremos, esté tranquila: lo impediremos!

Ahora mismo, iré a ver al comisario. ¿Vienes tú también, Cimetta?

ANA: Sí, ¡sí, vaya, vaya también usted, doctor

Cimetta!

CIMETTA: Por mí, en seguida: ahora mismo. Queda a dos pasos de aquí.

LECCI: No se preocupe. Sin mi consentimiento, no pueden llevárselo. ¡Lo único que nos faltaba, en estos momentos! (A CIMETTA:) Hemos realizado un milagro, amigo mío, un verdadero milagro.

ANA: ¿Ves, mamá, cómo es cierto? Un milagro a pesar de él mismo.

LECCI: (SIN DAR IMPORTANCIA A LA COSA): Sí, es cierto.

(PAUSA). Opuso resistencia. Quizás en el de-

lirio. Pero la verdadera resistencia, amigo,

la hallé en ese montón de complicaciones. Puede

Seminario de Drama

creerme, en mi lugar cualquiera otro se habría desanimado y retrocedido. Cualquiera otro en mi lugar. Si por un instante me hubiese dejado vencer por la menor vacilación o duda. ¡adiós! Puedo asegurarles que, en el ejercicio de mi profesión, jamás tuve satisfacción igual a ésta.

ABOGADO CIMETTA (A ANA): Le pido disculpas... decirle... cuanto lamento lo ocurrido, señora, por no haber venido antes. Pero, créame: me anonadó este golpe que ha consternado a toda la ciudad. Hasta ahora, aquí, sólo hubo tarea para el médico. Ahora que desgraciadamente necesitará también de mí, como abogado, he venido sin que me llamaran, porque conozco la confianza que Tomás siempre tuvo en lo poco que valgo.

LECCI: Le rogué a nuestro estimado amigo que viniera hoy conmigo, porque será mejor ir preparando desde ya al convaleciente, para la dura prueba que debe afrontar.

ANA: Será horrible, doctor: parece no tener ni sospechas, al menos hasta ahora. Es como un niño. Se conmueve, llora, ríe por nada. Esta mañana, precisamente, me decía que apenas se reponga quiere ir al campo, a descansar un mes.

SEÑORA REIS: ¡Ah sí, precisamente a descansar!

CIMETTA: ¡Pobre Tomás!

LECCI: Esperemos aún algunos días. Mientras tanto, lo pondremos en contacto con el doctor, que será su abogado. No es posible que no se le haga consciente de su responsabilidad.

ANA: ¿Y usted cree, doctor, que será grave la condena?

CIMETTA (CIERRA LOS OJOS Y ABRE LOS BRAZOS): Señora mía... (ANA SE CUBRE EL ROSTRO CON LAS MANOS).

LECCI: ¡Vamos, vamos, no ha llegado aún el momento de afligirse! Por ahora está tranquilo. ¿No ha notado nada nuevo desde anoche?

ANA: No, nada.

LECCI: Bien. Vaya y haga que la enfermera la ayude a vestirlo y levantarlo de la cama. Despacito, despacito, ¿eh? Y vea si sosteniéndolo, puede moverse, dar unos pasos. Nosotros, mientras tanto, pasaremos por la comisaría. Estaremos de regreso dentro de pocos minutos. ¡Vamos, vamos, valor, señora Ana! ¡Ha tenido tanto!

ANA (CON EL ROSTRO ENTRE LAS MANOS): ¡No puedo más! ¡No puedo más!

CIMETTA: ¡Es preciso! ahora más que nunca.

LECCI: ¡Por favor, señora!

ANA (DOMINANDOSE): ¡Ya pasó! (TRATA DE SONREIR). ¿Está bien así?

(SEÑORA REIS LA MIRA)
Entonces, hasta luego, doctor Cimetta. (LE
TIENDE LA MANO; LUEGO, AL MEDICO:) Hasta luego,
doctor. ¿Y tú, mamá?

SEÑORA REIS (HOSCA, VEHEMENTE): Yo me voy, me voy...

ANA: Sí, ya sé...

SEÑORA REIS: Adiós.

ANA: Besos a los niños. (SALE POR LA PUERTA DEL FONDO)

CIMETTA: ¡Pobre señora, está irreconocible!

SEÑORA REIS (ENERGICAMENTE): ¡Hagan que se lo lleven pronto! ¡Que

lo encierren de una vez, a ese asesino! ¡Por
piedad, por piedad hacia esa pobre hija mía!

LECCI: Será cuestión de un día, señora: si no es hoy,
mañana. (A CIMETTA): Ya fue toda una concesión
extraordinaria, dejarlo acá, a nuestro cuidado
hasta ahora: vigilado, es cierto, pero con toda
amplitud y consideración; ¡si pensamos en la
importancia del muerto!

CIMETTA: ¡Increíble! ¡Parece un sueño, una pesadilla!

(SEÑORA REIS LA MIRA)
¡Por una mujer así! Un hombre como aquél,
indigno, débil, apático; que arrastraba con
desgano su vida; que sabía que su mujer lo en-
gañaba durante años, sin dar señales de preo-
cuparse; que penosamente lograba que oyeran su
vocecita chillona, sí señor, y de pronto, siente

que le hierve la sangre, ¿y contra quién?,

contra el pobre Tomás. (A LA SEÑORA REIS:)

Dígame, señora: ¿cómo Tomás llegó a ser amigo de ese hombre?

SEÑORA REIS: Por el juez, ese que transfirieron, el juez... ¿cómo se llamaba? Larcan, me parece.

CIMETTA: Ah, sí, el procurador sustituto Larcan.

SEÑORA REIS: Vivía aquí, en el departamento de al lado. Cuando lo transfirieron, le dio a Neri, que vino a ocupar el puesto, una carta de presentación para mi yerno: así se conocieron.

CIMETTA: Me parece que Neri fue padrino de bautismo de un hijo de Tomás.

SEÑORA REIS: Sí, del último: el que murió.

CIMETTA (A LECCI): ¿Se da cuenta? También era un "mala sombra".

Estoy seguro de que, contrariado como vivía siempre, la muerte más bien debió de ser un regalo para él. Mientras que ahora aquí, hay toda una familia en el abismo. (ANA ENTRA APRESURADAMENTE POR LA PUERTA DEL FONDO).

ANA: Doctor: ¿podemos ayudarlo a salir un poco de la habitación? Lo pide.

LECCI: Puede, pero sin que haga ningún esfuerzo; vígilelo... Con una silla a mano, para el caso de le flaquee las piernas; se lo recomiendo.

(A la señora Reis:) ¿Usted también sale, señora?

SEÑORA REIS: Sí, me voy ya. Adiós, Ana. (SALE POR LA PUERTA DE LA DERECHA).

LECCI (DANDOLE PASO): ¡Vamos, doctor! Pase, no haga cumplidos.

CIMETTA: Hasta luego, señora.

ANA: Hasta luego. (A LECCI:) Por favor, doctor, dígame al policía de guardia que no se deje ver.

LECCI: Descuide. Aunque, quizá...

ANA: ¡No! ¡El policía, no!

LECCI: Entonces, si probase usted... nadie podría hacerlo mejor que usted.

CIMETTA: ¡Claro!

LECCI: Aprovechando la primera oportunidad.

ANA: ¿Y cómo?, ¿cómo?

LECCI: Bueno. Nosotros regresaremos en seguida. Hasta luego. (SALE CON CIMETTA).

(ANA PREPARA EL SILLON PARA EL CONVALECIENTE Y SALE POR LA PUERTA DEL FONDO, DEJANDOLA ABIERTA Y CON LA CORTINA RECOGIDA. POCO DESPUES, SOSTENIDO POR ANA Y EL ENFERMERO, ENTRA TOMAS CORSI. ES ALTO Y BUEN MOZO. TIENE EL ROSTRO PALIDO COMO LA CERA Y ALGO DEMACRADO, PERO LOS OJOS LE RIEN, CASI INFANTILMENTE. LE FATIGA RESPIRAR, PERO EN LOS LABIOS PALIDOS HAY UNA SONRISA DULCE Y TRISTE. TIENE LA CHAQUETA SOBRE LOS HOMBROS, CON LAS MANGAS COLGANDO. POR LA ABERTURA DE LA CAMISA SE ENTREVE EL PECHO VENDADO. ANA Y EL ENFERMERO LO HACEN

SENTAR EN EL SILLON DONDE EL SE ABANDONA CON UN SUSPIRO DE ALIVIO).

TOMAS: ¡Ah!, ¡qué lindo es este cuarto! Todas las cosas me parecen nuevas. El lavatorio, el ropero, y éste es el sillón, en el que leía los diarios. (MIRA LOS MUEBLES A SU ALREDEDOR). Estaban aquí, callados. (SEÑALA EL ROPERO). Pero ése, si lo abro, chirría. (A SU MUJER:) Abrelo, ábrelo; déjame oírlo. (SE CONTRAE COMO SI TUVIESE UNA PUNTADA). ¡Ay!

ANA: ¿Qué ha sido?

TOMAS: Nada. Un mal movimiento. Ya pasó. Espera. Me apoyo. Me apoyo en el respaldo.

ANA: Será mejor poner un almohadón detrás de los hombros.

TOMAS: No. Aunque, quizá sí. (EL ENFERMERO CORRE A BUSCAR UN ALMOHADON).

ANA (LEVANTANDO LA VOZ): ¡Traiga también una manta!;

TOMAS: ¡Esa verde que está sobre la cama!

ANA (ASOMANDOSE A LA PUERTA DEL FONDO): Esa de la cama, sí.

(EL ENFERMERO REGRESA CON EL ALMOHADON Y LA MANTA VERDE. ANA ACOMODA EL ALMOHADON CONTRA EL RESPALDO DEL SILLON, MIENTRAS EL ENFERMERO DESPLIEGA LA MANTA SOBRE LAS PIERNAS DEL CONVALECIENTE).

TOMAS (ACARICIANDO LA MANTA CON LAS MANOS): Esta, ésta. Si supieses qué cariño le tengo. ¡Cuántos sueños ha abrigado! Y esta pelusa parecía la campiña. (PAUSA LARGA. TENSA.) ¡Ah, si pudiera respirar un poco de aire fresco! (SE VUELVE A MIRAR A SU ESPOSA:) ¿Lloras?

ANA (VOLVIENDO LA CABEZA PARA NO DEJARSE VER): No, no es nada.

TOMAS (AL ENFERMERO, CON UNA SONRISA): Están llorando. (PAUSA).

Por favor, váyase un momento.

(EL ENFERMERO SE VA POR LA PUERTA DEL FONDO).

TOMAS:

Ana. (Y COMO ANA SE VUELVE, SOLICITA, Y SE INCLINA A MIRARLO CON LOS OJOS LLOROSOS:)

¿Por qué? (PAUSA. LUEGO, TITUBEANDO): ¿Todavía...

todavía, pues, no me has perdonado? (LE TOMA

UNA MANO Y LA APOYA EN SUS PROPIOS OJOS. ANA

APRIETA LOS LABIOS TEMBLOROSOS, MIENTRAS NUEVAS

LAGRIMAS ESCAPAN DE SUS OJOS. SIN VOZ PARA

RESPONDERLE. EL RETIRA LA MANO DE ELLA DE SUS

OJOS, Y LE PREGUNTA): ¿No?

ANA (ANGUSTIADA, TIMIDAMENTE): Yo, sí... yo, sí...

TOMAS:

¿Y entonces? (LE TOMA EL ROSTRO ENTRE LAS MANOS

Y ARRIMANDOLO AL SUYO CON INFINITA TERNURA:)

¿Comprendes, sientes que es verdad, si te digo

que nunca, nunca en mi corazón, en mi pensa-

miento, nunca dejaste de ser... tú, mi único

amor, amor mío?

ANA (APARTANDOSE LIGERAMENTE PARA QUE EL PUEDA TOMAR UNA POSICION MAS COMODA, Y ACARICIANDOLE LOS CABELLOS CON UNA MANO): Sí, sí, calla. Que te fatigas demasiado.

TOMAS: Ha sido una infamia.

ANA: Calla, por favor: no pienses más en eso.

TOMAS: No; es bueno que te lo diga.

ANA: No quiero oír nada, no; no me digas nada.
Lo sé. Sé todo.

TOMAS: Para disipar toda duda entre nosotros.

ANA: ¡Pero si no la hay!

TOMAS: ¡Una infamia, sorprenderme en aquel momento vergonzoso, de estúpido abandono!

ANA: Basta, deja eso, por favor, Tomás.

TOMAS: Tú lo comprendes, si es cierto que me has perdonado.

ANA: Sí, sí, no hablemos más.

TOMAS: Un pecado idiota, que aquel infeliz se empeñó en magnificar, tratando de matarme dos veces.

ANA: ¿El? ¿Ah, sí?

TOMAS: Dos veces. Se me vino encima, con el arma en la mano, y disparó a matar. Me vi forzado, obligado a defenderme. Por fuerza. No podía, tú lo comprendes, dejarme matar por... por ésa. No podía, por ustedes. Y yo no lograba ponerme

de pie, levantarme de aquella cama, por... por vergüenza. Me disparó el primer tiro, que rompió el vidrio del cuadro de la cabecera. Entonces, me di vuelta y le grité: "¿Qué haces?", casi riendo; tan imposible me parecía que él no comprendiese que era una infamia, una locura matarme de ese modo, en aquel momento; matarme a mí que no quería estar allí: que estaba por casualidad, llamado por ella, con un pretexto.

ANA: ¿Ves cómo te agitas? Basta, Tomás, por caridad. Te haces daño.

TOMAS: Tenía toda mi vida fuera de allí; tú, y mis hijos que defender, y mis negocios. Me silbó en la cara un segundo disparo. ¿Ah, sí? ¡Basta, infeliz! Pero no recuerdo haber disparado sobre él. Cayó sentado pesadamente al suelo. Luego se dobló boca abajo. Sólo entonces advertí que tenía el arma todavía caliente y humeante en la mano. Sentí que desde el pecho me subía, no sé, una cosa turbia, atroz. (PAUSA). Miré el cadáver en el suelo; la ventana por la que la otra se había arrojado; oí los gritos abajo, en la calle, y... con aquella misma pistola... (SE ABANDONA, FATIGADO, CONTRA EL RESPALDO).

- ANA: ¿Ves, ves qué daño te haces, Tomás? ¡Dios mío!
- TOMAS: (CASI PARA SI, MIRANDO EL TECHO): No es nada.
Un poco de cansancio.
- ANA: ¿Quieres volver a la cama?
- TOMAS: No, estoy bien aquí. Ya pasó. Estoy bastante fuerte. Ahora necesito reponerme pronto. Quería solamente decirte cómo... cómo fue... y que por fuerza yo...
- ANA: ¡Calla, calla, no empieces de nuevo. Estas cosas tú... (SE INTERRUMPE AL VER ENTRAR AL DOCTOR LECCI Y AL ABOGADO CIMETTA.) ¡Aquí regresa el doctor!... Esas cosas se las dirás... se las dirás a los jueces, y verás que...
(TOMAS, AL OIR LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE ANA QUE ESTA INCLINADA SOBRE EL, SE ENDEREZA Y MIRA A LECCI Y CIMETTA QUE AVANZAN).
- TOMAS: Pero yo..., sí, claro..., el proceso... (SE PONE PALIDO Y RECAE SOBRE EL RESPALDO, ANIQUILADO).
- LECCI (ACERCANDOSE): ¡Vamos, vamos, formalidad, formalidad!
- TOMAS (CASI PARA SI, MIRANDO AL TECHO): ¿Y qué otro castigo mayor que el que me había dado yo, con mis propias manos?
- CIMETTA (INSTINTIVAMENTE, CON UN SUSPIRO): ¡Cálmate! Ya está bien...
- TOMAS (AL VERLO, TRATA DE REPLICAR): ¿No basta? ¿Es que...! (PERO EN SEGUIDA, VUELVE A DESANIMARSE). Sí, claro... Pensé que todo había terminado ya... (ECHA LOS BRAZOS AL CUELLO DE ANA, DESESPERADAMENTE:)

¡Ana, Ana, estoy perdido! ¡Estoy perdido!

LECCI: ¡Pero no! ¡No! ¿Por qué? ¿Quién dice tal cosa?

TOMAS: Perdido. El proceso. Ahora me arrestarán.
¿Pero cómo no lo pensé? ¡Claro que sí! Y será mucho más grave. Di, di, Cimetta, puesto que maté, no a un pobre hombre cualquiera, sino a un oficial del ejército, ¿verdad?

CIMETTA: ¡Si por lo menos fuese posible demostrar que el muerto conocía los deslices anteriores de su mujer!

ANA: ¡Están las pruebas!

CIMETTA: ¡Pero no la suya! Y a un muerto, desdichadamente, no se lo puede llamar para que jure bajo palabra de honor. El honor de los muertos, señora mía, se lo comen los gusanos. ¿Qué valor pueden tener todos nuestros razonamientos ante las pruebas de hecho? Lo habrá sabido; pero los hechos demuestran lo contrario: que él no quiso admitir el ultraje y se rebeló. Tú preguntas:
"¿Pero podía yo dejarme matar por él?" No. Pero si querías que respetaran ese tu derecho a la vida, no debiste dejar que te encontrara con su mujer. Porque de ese modo -estoy considerando ahora las razones de la acusación- tú mismo has renunciado a tu derecho, te expusiste al

riesgo, y por lo tanto no podías reaccionar.

¿Comprendes? Dos culpas.

TOMAS (TRATANDO DE INTERRUMPIR): Pero yo...

CIMETTA: Déjame hablar. Por la primera falta, el adulterio, debiste dejarte castigar por él, por el marido agraviado; y en cambio lo mataste.

TOMAS: ¡Por fuerza! ¡Instintivamente! ¡Para no dejarme matar!

CIMETTA: ¡Pero inmediatamente después trataste de matarte con tus propias manos!

TOMAS: ¿Y no basta?

CIMETTA: No puede bastar. ¡Más bien te perjudica!

TOMAS: ¿Ah, sí? ¿Por añadidura?

CIMETTA: Al intentar matarte, reconociste implícitamente tu culpa.

TOMAS: Sí. Pero me castigué.

CIMETTA: No, mi amigo. Trataste de sustraerte al castigo.

TOMAS: Quitándome la vida. ¿Qué más podía hacer?

CIMETTA: Sí; ¡pero, entonces, debiste morir! No habiendo muerto...

TOMAS: ¡Ah!, ¿mi culpa entonces es ésa?(APARTA CON UN BRAZO A LA MUJER PARA PONERSE FRENTE AL DOCTOR LECCI). ¡Pero yo estaría muerto, si él no hubiera querido salvarme!

LECCI (ASOMBRADO AL VERSE METIDO ASI EN EL BAILE): ¿Cómo? ¿Yo?

TOMAS: ¡Usted, usted! ¡Yo rechazaba sus curaciones! Usted quiso prestármelas a la fuerza; devolverme la vida; ¡usted! ¿Y para qué me la devolvió, si ahora...?

LECCI: ¡Despacio, con calma! Le hace daño agitarse así.

TOMAS: Gracias, doctor. ¡Veo que se toma en serio mi curación! (A CIMETTA): Escucha, Cimetta: quiero razonar. Tranquilo, para no disgustar al doctor. Yo traté de darme muerte. Llega él y me salva. ¿Con qué derecho, le pregunto yo ahora?

LECCI (TURBADO, AUNQUE TRATANDO DE SONREIR): Después de todo, y usted perdone, ¡vaya una manera de agradecermelo!

TOMAS: ¿Agradecerle qué? ¿No acaba de oír al abogado?

LECCI: ¿Debí dejarlo morir?

TOMAS: Ni más ni menos, morir, si no tenía derecho a disponer de la vida que yo me había quitado y que usted me devolvía.

LECCI: ¿Cómo, disponer? ¡De ninguna manera se puede pasar por encima de la ley!

TOMAS: ¡Yo escapé a la ley dándome un castigo más severo que el dispuesto por la ley misma! Ya no hay pena de muerte; y yo estaría muerto, de no ser por usted.

LECCI: Pero yo tenía el deber que la profesión me impone: el de intentarlo todo para salvarlo.

TOMAS: ¿Para ponerme en manos de la justicia y hacerme condenar? ¿Y con qué derecho, eso es lo que le pregunto, con qué derecho usted cumple su deber de médico con un hombre que ha querido morir, si la sociedad no le concede, en cambio, el derecho de hacer que este hombre viva la vida que usted le devuelve?

CIMETTA: Perdona... Pero ¿y el daño que has hecho?

TOMAS: ¡Lo redimí con mi propia sangre! ¿No basta? Había matado; me di muerte. El doctor no me ha dejado morir. Me rebelé ante sus cuidados. Tres veces me arranqué las vendas. Ahora estoy acá, resucitado por obra suya: soy otro. ¿Cómo quiere que siga sujeto a un momento de aquella otra vida mía que para mí ya no existe? El remordimiento por aquel momento me lo quité; ¡en una hora expié mi culpa, en una hora que pudo ser tan larga como la eternidad! ¡Ahora ya no tengo nada que expiar! ¡Debo dedicarme a vivir para mi familia, tengo que trabajar para mis hijos! ¿Cómo pretenden que esté en una cárcel pagando un delito que no pensé cometer, que nunca habría cometido si no me hubiera visto obligado; mientras en frío, ahora, aquellos

que aprovecharon de su ciencia, de su deber de mantenerme con vida sólo para hacerme condenar, cometerán el delito de dejar que me embrutezca en una ociosidad infame, y de abandonar a mis hijos, a mis hijos inocentes, a la miseria, a la ignominia? ¿Con qué derecho?

(SE INCORPORA, PRESA DE UNA RABIA QUE EL SENTIMIENTO DE LA PROPIA IMPOTENCIA HACE FURIBUNDA; LANZA UN GRITO Y CON LAS MANOS CRISPADAS SE CUBRE EL ROSTRO Y LO ARAÑA; LUEGO SE VUELVE BOCA ABAJO SOBRE EL BRAZO DE LA POLTRONA, CONVULSO; TRATA DE ESTALLAR EN SOLLOZOS PERO NO PUEDE. ANTE LA INUTILIDAD DE ESTE ESFUERZO TREMENDO, PERMANECE UN MOMENTO ATURDIDO, ATONITO, ENTRE EL ESTUPOR Y EL ESPANTO MUDO DE LOS DEMAS. SOBRE SU ROSTRO CADAVERICO APARECEN ROJAS LAS HUELLAS DE LOS RASGUÑOS RECIENTES DE LAS UÑAS).

ANA (ESPANTADA, CORRE HACIA EL; LUEGO, AYUDADA POR CIMETTA, TRATA DE ENDEREZARLO; PERO RETIRA EN SEGUIDA LAS MANOS CON UN GRITO DE TERROR: LA CAMISA, SOBRE EL PECHO, ESTA ROJA DE LA SANGRE DE LA HERIDA):

¡Doctor! ¡Doctor!

CIMETTA:

¡Se le ha reabierto la herida!

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

LECCI (LOS OJOS ABIERTOS, PALIDECE) : ¿La herida? (INSTINTI-

VAMENTE SE ACERCA AL SILLON, PERO ES DETENIDO

INMEDIATAMENTE POR TOMAS CON UN SONIDO DE AMENAZA.

ENTONCES, VENCIDO, DEJANDO CAER LOS BRAZOS, DICE:

No, no. Tiene razón. ¿Han oído? Yo no puedo.

No debo.

TELON

Seminario Multidisciplinario
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

RECINTO DE RIO PIEDRAS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
FACULTAD DE HUMANIDADES
JOSE EMILIO GONZALEZ
SEMINARIO MUL. DISCIPLINARIO